

LUCRECIA ZAPPI

acre

«Un gran talento narrativo.
Lucrecia Zappi es una mujer cosmopolita,
enamorada de la literatura con un amor perseverante,
a la que habría que seguir con la máxima atención»

Jorge Edwards



LUCRECIA ZAPPI

acre



ESLES DE CAYÓN
2017

Título original:
Acre
Traducción de Victoria Zappi revisada por la autora

© De los textos: Lucrecia Zappi
© De la traducción: Victoria Zappi

Santander, septiembre 2017

EDITA: La Huerta Grande Editorial
Serrano, 6 28001 Madrid
www.lahuertagrande.com

Reservados todos los derechos de esta edición

ISBN13: 978-84-17118-00-6
D.L.: M-18241-2017

Diseño portada: Enrique García Puche para Tresbien Comunicación

Imprime: Gracel Asociados, Av. Valdelaparra, 27. 28108 Alcobendas, Madrid

Impreso en España/*Printed in Spain*

A Victoria

Sólo me acordaba del suelo nuevo cuando entraba en casa. No estaba de mal humor, simplemente me parecía absurdo el hecho de que ni yo ni Marcela, de que nadie en esta casa hubiera pensado antes de salir que el sol iba a ser fuerte —hoy más fuerte que el de ayer, y mañana más fuerte que el de hoy— y haría que el barniz crepitara hasta en la oscuridad.

Me agaché para sentir con los dedos la madera lastimada, pensando en el tipo que se pasó el fin de semana de rodillas sobre el suelo de nuestra sala, contando en el móvil su vida, nosotros comprándole comida, el sujeto fastidiando, y todo para verme parado allí, lamentando mi descuido otra vez, mientras el sol ya se había ido y regresado quinientas veces en el horizonte. Contemplé por un instante la claridad de la noche que se extendía por la sala y cerré la cortina.

Cuando me puse frente a la ventana, noté una silueta en la penumbra: era Marcela sentada sobre la encimera de la cocina americana, como a ella le gustaba llamar a aquel hueco sin puerta.

Pensé en comenzar por preguntarle por qué no había cerrado la cortina. O que era raro que ella permaneciera de aquel modo en la oscuridad, balanceando las piernas, como si fuera una niña demasiado pequeña para alcanzar el suelo.

¿Qué haces ahí, Marcela?

Nada.

No soy adivino. ¿Qué misterio te traes?

No hay misterio.

El tipo acaba de aplicar el barniz. El sol quemó el piso, mira eso, Marcela. ¿Dejaste la cortina abierta?

No.

Marcela. Ya. Enciende la luz. ¿Qué pasó? ¿Por qué estás sentada así en la oscuridad?

Ella estiró el cuerpo hasta el interruptor y se tapó los ojos para protegerse de la luz súbita. Mi mujer realmente parecía una chiquilla sobre la encimera, con los pies lejos del piso.

¿Ahora me puedes ver? Con la mano ligeramente elevada frente al rostro, Marcela pasó de parecerse una niña a uno de esos ángeles de cementerio, que esconden el rostro de las tinieblas. No sabes quién subió conmigo en el ascensor.

¿Quién?

Nelson. El de Santos.

Pensé que ese tipo había muerto.

Pues no. Pudo haber desaparecido, pero no murió. Lo reconocí de inmediato por la falta de color en las manos. ¿Te acuerdas que tenía vitíligo? Le subía por los brazos. ¿Te acuerdas, Oscar?

Sí, me acuerdo.

Aumentó.

Y a mí qué me importaba el vitíligo, ni qué vino a hacer Nelson a nuestro edificio. Los visualicé en el pasado. Estaban sentados en la arena, Marcela apretaba su cuerpo contra el de él, permitiendo que aquellas manos desteñidas le acariciaran su vientre adolescente.

¿Y hacia dónde fue?

¿Cómo?

¿En qué piso bajó?

Marcela bordeó su ceja con el pulgar, abarcando con el gesto el dolor de cabeza frente a lo inesperado y el cansancio del fin del día. Se deslizó hacia el piso y abrió el grifo. No pareció notar que el agua salía en pequeñas explosiones de descarga amarilla. La iba a avisar de que habían cerrado el registro durante el día para limpiar la cisterna cuando ella empezó a lavarse las manos. Sólo al cerrar la llave se percató de que el agua salía en chorros irregulares y explosivos.

Qué raro. ¿Otra vez hay racionamiento en el edificio? En el restaurante no faltó agua hoy.

No, limpiaron la cisterna.

Desde que Adriano era administrador, este tipo de mantenimiento se hacía con cierta frecuencia, lo que para mí tenía que ver con que fuera médico cirujano. El cuidado clínico me parecía natural para alguien que pasaba mucho tiempo en la sala de cirugía del hospital, en la Santa Casa, perfeccionando sus cortes uterinos de bisturí, protegido por gorro, mascarilla, bata, guantes y cubre calzado.

Marcela tomó una taza del fregadero, examinó la borra de café endurecida en el fondo de la cerámica y me encaró sin paciencia. Seguramente querría saber si yo seguía allí, preocupado por las vidas ajenas. Se ensució la yema del dedo con en el polvo seco y se lo llevó a la boca. Contrajo los hombros. Ella hacía eso, probar las cosas y contraer los hombros. Un día terminaría por envenenarse. Dio la espalda para enjabonar la taza como si hubiera agua.

¿Qué pasó, Oscar?, preguntó sin voltearse. Estaba ocupada.

No, nada. Pero entro a casa y te encuentro callada, en la oscuridad, y luego me cuentas la historia del ascensor. Diría que estás afectada.

Qué buena broma. Yo. Afectado quedaste tú, se defendió ella sin cambiar la voz.

Mi mujer volvió a sentarse sobre la encimera, junto al armario empotrado, otra obra suya. Sus dedos alisaron el granito.

Vamos, Oscar, dijo en seguida, ya, olvídalo. Su voz sonó débil, pero se endureció cuando me encaró con una sonrisa forzada. Sólo me encontré a Nelson en el ascensor. Una casualidad de la vida.

Estuve a punto de decir que seguramente no era una casualidad, pero cambié de idea. No quería que ella se irritara, tampoco deseaba parecer un hombre inseguro. No iba a someterme a mis propias acusaciones. Aunque fuera difícil creer que, de la nada, el tipo entrara al ascensor de nuestro edificio treinta años después.

Marcela volvió a posar las manos sobre la piedra pulida. Buscó con los dedos los surcos de un camino que terminaba en un recorte de cajón. Se rascó la axila y mantuvo la cabeza inclinada, con la mirada cristalizada a media altura. Un ángel de piedra. Pensé en el sabor amargo del café en su boca.

¿En qué piso bajó?

Salió conmigo, amor. Iba a casa de doña Vera Panchetti.

¿Donde la vecina? ¿A qué?

Dijo ser su hijo. La mujer se pasa la vida hablando del niño que vive fuera y resulta ser él.

Eso se pone cada vez mejor. ¿Traía equipaje?

No. Quizás ya hubiese entrado antes, quién sabe. No creo que haya llegado sin nada.

¿Llegado de dónde?

Marcela no contestó. Se quedó pensativa por un momento. Oye, Oscar. ¿No era hoy?

¿Qué?

Rozó la pared y desvió el dedo índice hacia el calendario. ¿Cuándo dijo el fulano que vendría a arreglar esta grieta?

La imagen que Marcela pasó a observar era una escena de una construcción. La foto del mes de marzo no traía ninguna nube en el cielo, sólo era un paisaje potencialmente abrasivo, un aluvión de maquinarias que anticipaba una carretera, pero que no pasaba de un descampado de lodo con tractores en fila.

Piensa en doña Vera, viendo a su hijo regresar a casa después de tanto tiempo.

Así que ahora te pones emotivo, Oscar. Será porque ella de vez en cuando te llama hijo. Hasta siento una punzada de celos.

¿Y él? ¿Todavía tiene ese encanto?

¿Encanto de qué? Oscar, no desvaríes. Sólo me lo topé en el ascensor. Nada más.

Escuché el sonido engranado de los cables del ascensor. Especialmente al comienzo de la noche, cuando el movimiento en el edificio aumentaba, era cuando se oía con más intensidad. Hacía once años que vivíamos allí, en el noveno piso, justo bajo el cuarto de maquinaria. Antes, durante dieciocho años, vivimos en un estudio muy reducido, nuestra *quintete* de la plaza Roosevelt. Fue al salir de Santos. Ya casados.

Marcela y yo, quién lo diría. Pese a no ser ya un adolescente, sigo sintiendo cierto pudor cuando me acuerdo de la primera vez que me desnudé frente a ella.

Marcela se frotó las manos vigorosamente para que la crema penetrara bien. Guardó el frasco en la bolsa, disimulando el gesto. Parecía estar sólo de paso, como si nuestra sala fuera la sala de

espera de una estación de autobús. O de aeropuerto. Sus hombros estaban siempre tensos, como si concentrara toda la fuerza allí o se sintiera constantemente sitiada por gente como yo, que le vigilaba hasta la postura.

Comía cereales frente al televisor con los pies cruzados sobre la mesita que había delante del sofá. Toda una vencedora. Se le notaba en la mirada fija, con el control remoto en la mano. Cuando quería algo le bastaba con mirar en mi dirección, siempre me gustó adivinar sus pensamientos, aunque sólo sus caprichos más simples estaban al alcance de mi mano.

Me consideraba un romántico, no porque estuviera siempre a su disposición, sino porque apreciaba las pequeñeces que nos rodeaban, cojines y antojitos que yo traía de la cocina con gusto, aun cuando ella tensaba el cuerpo en rechazo a mi devoción. Con el paso de los años, nuestras noches se transformaron en un equilibrio delicado entre gestos y observaciones invisibles. Y si le faltaba espacio, cuando no era la tele, el sonido aterciopelado del ascensor era lo que la ayudaba a evadirse de ahí.

La cruz que llevaba olvidada sobre el pecho tenía un brillo viejo. Era una pequeña letra T de oro rayado que le había durado toda la vida. Una vez dijo que aquella joya le daba sentido de dirección.

No es por Cristo, aclaró. ¿No lo ves? Son como los cuatro puntos cardinales.

Recuerdo el metal pegado al sudor de su pecho adolescente, la cadena sobre la piel de gallina y lo blanquecino de la sal que se diseminaba por sus hombros. Y la recuerdo a ella, sola con la madre pobre, sin educación, ambas vivían al final de la playa. Y Nelson siempre rondando.

Tal vez a Marcela no le gustaba exponerse. Hacía años que no la veía en bikini y había dejado de usar el lápiz negro alrededor

de los ojos. Podía pasar por paulistana, sin tiempo para nada. De ese tipo de personas que se orienta por la memoria más reciente.

Oye, Marcela.

Ella frunció el ceño y me miró.

Marcela.

Sus ojos vagaron sin rumbo por la casa. Todo el departamento estaba lijado, preparado para la primera mano de pintura.

Oscar, ¿tú crees que regresó para quedarse?

No lo sé. ¿Por qué tanto interés?

No, nada. Pura curiosidad. Marcela se tocó el pelo, olió las puntas e inclinó la cabeza hacia su axila. Me voy a bañar. Hoy hizo calor y ahora este frío molesto.

Miré a Marcela. Intenté imaginar la cara de doña Vera al reencontrarse con el hijo. Ella misma debía dudar de su existencia. Hablar sobre él era parte de su soledad de años. Avanzaba con calma afligida en los asuntos que la afectaban, que eran prácticamente todos, cautelosa como quien abanica una herida con mercromina. Si supo del regreso del hijo, guardó secreto.

Marcela salió del baño vistiendo un jersey y por encima una chaqueta de lana. Traía una toalla enrollada en la cabeza, firme como un merengue. Estudié su rostro enmarcado por el talco de las axilas que le subía al cuello. Los ojos inflamados le daban un aire bonito de tragedia. Mi mujer abrió los brazos al sentarse, como si exhibiera los detalles de un quimono inexistente. La boca enfadada, dura como una manzana, y el mentón un poco levantado, inquisitivo, tenían algo de libidinoso.

Traes talco hasta las orejas.

Pues sí.

¿Tienes hambre?

No hay nada de comer.

¿Quieres un jugo?

¿Me lo haces?

Me levanté sin decir nada, exprimí tres naranjas y puse el vaso en su mano. ¿Algo más?

En la casa de la vecina, la televisión estaba encendida a la hora de siempre. De vez en cuando el sonido de la novela se mezclaba al arrastre de las cadenas que iban y venían desde el cuarto de máquinas. Nada fuera de lo normal, deduje, hasta que noté un ruido en el pasillo. En un impulso fui a la puerta, pero no abrí.

Marcela se rio. En serio, Oscar. ¿Crees que es él? Enderezándose en el sofá, golpeó dos veces el cojín que tenía junto a ella. Ven, siéntate.

Imaginé a Nelson allí mismo, primero en el pasillo, luego empujando nuestra puerta que estaría abierta, hablando alto. Entraría a nuestro departamento, dirigiéndose directamente a la ventana. Abriría las cortinas, observando que nuestra vista tenía mucho cielo, la misma que se veía desde la casa de su madre. Sí, era una vista magnífica. Lo cual nos igualaba.

La idea de comprar el inmueble de doña Vera surgió de un viejo cliente de la tienda. Él mismo negoció algunos pisos así. Era un sujeto que ya no compraba ni un foco, pasaba por allí sólo para ocupar mi tiempo, recostándose sobre el mostrador. Para refor-

zar la lógica de la adquisición del inmueble. Señaló que, tratándose del departamento de al lado, sería una gran inversión. En el futuro podríamos optar por vivir en un espacio doble. Eso cuando la actual propietaria se marchara de esta vida. Hacia otra mejor.

El hecho fue que doña Vera se sintió bastante aliviada cuando comenzamos a reducir las deudas de sus dos tarjetas de crédito, además del mantenimiento que ella no pagaba hacía años, todo a cambio del departamento. Acordamos en papel que ella seguiría viviendo allí.

Entonces todo sigue igual, quiso confirmar.

Sí, por supuesto. Pero ¿por qué dos tarjetas de crédito, doña Vera? Yo sólo tengo una.

De no ser por las cuentas de la vecina, andaríamos un poco más tranquilos con el tema del dinero, observó Marcela. Te recuerdo que además tenemos que pagar nuestro propio departamento, más la reforma que haremos en el restaurante.

Marcela rediseñó su ceja con el pulgar. Miró de frente, determinada a no colaborar. Aun así, ella estaba de acuerdo en que el departamento de al lado era una oportunidad única. Por ese motivo la grieta en la pared, recuerdo del arco que antes uniera los dos inmuebles, no le molestaba tanto. Hasta le gustaba mirarlo, imaginar que un día el arco se abriría nuevamente, en todo su esplendor, para dar lugar a un salón de dos ambientes.

En un golpe de inspiración, algo raro para ella porque no le gustaban los arranques de irrealidad, Marcela propuso el color lila. Lila sería un cambio profundo, suspiró.

Me fijé en la grieta y me vino el recuerdo que, ya desde el carnaval, el tipo del piso debía haber empezado a dar la masilla.

Mira eso. Le enseñé la pared. El albañil debió haber empezado por las paredes, no por el suelo.

Marcela siguió callada.

Últimamente, ella y yo no lográbamos tomar decisiones. El albañil se metió con el material y terminamos por improvisar dos noches sobre un edredón en el restaurante.

Me levanté para llevar el vaso vacío a la barra de la cocina y sonó el interfono. Es el vecino del 4D, anuncié.

Marcela, arrancada a sus pensamientos, miró la puerta. ¿Adriano?

Pues sí. ¿Recuerdas que te referes a Adriano así? ¿Con letra y número?

Bueno, sí, él todavía es el 4D. La diferencia es que ahora frecuenta el 9A cuando le da la gana. Ajustó lentamente la toalla sobre las orejas. Esta vida de edificio es un asco.

Dile que suba, Décio, contesté al portero. Abrí la puerta para que Adriano no tocara el timbre y Marcela dejara de mirarme así.

Al girar la llave, aproveché para espiar. No distinguí nada extraño en la casa de la vecina, sólo se oía la televisión encendida. Y el movimiento del ascensor que se detuvo en nuestra planta. Adriano empujó la puerta.

Qué cuentas, *são paulino*. ¿Así que ya te pones a esperar en la puerta del ascensor? Al rato vendrás a buscarme a mi casa. Toda una recepción.

Adriano era el típico simpático, inyectado de energía positiva. Regresaba del hospital vistiendo bata y no se quitaba la bermuda los fines de semana. Sus asuntos eran tan relevantes como aburridamente detallados, desde la limpieza de la cisterna hasta la fila

de espera en urgencias. Cuando entraba a nuestro departamento solía elogiar la vista al parque siempre con el mismo entusiasmo, recordando que su departamento miraba hacia la parte de atrás, un patio oscuro lleno de tendederos.

¿Cómo andan, chicos?

Seguimos igual, dijo Marcela, mirándome. Siéntate.

Era obvio que no había química entre mi mujer y el administrador. Adriano, al menos, intentaba integrarse.

Qué vista, ¿eh?

Siéntate. ¿Fumas, Adriano? Me sentía avergonzado por la actitud de Marcela. Anda, amor, líanos un porro, le dije.

Marcela sonrió. Por supuesto, contestó. Pero su semblante, incluso refrescado por la ducha, no me engañaba. ¿Me pasas la cajita, amor?

¿Ustedes se enteraron de que el tal hijo de doña Vera apareció? Pensé que el tipo no existía. Honestamente.

Marcela se enderezó en el sofá. ¿Y puedes creer que lo conocemos desde la adolescencia?

Ah. ¿En serio?

Así es. Conocí a Marcela en Santos en la misma época. Nelson, que también es de São Paulo, fue a vivir allá. Eso fue por el 87, 88. Estuve dos años en Santos y regresé ya casado con Marcela.

Bien, Oscar, tú no pierdes el tiempo. ¿Pero el Nelson que ustedes conocieron allá en Santos es el mismo Nelson, el hijo de doña Vera? ¿Ustedes nunca imaginaron que se trataba de la misma persona?

No. Parece que la madre lo envió a Santos a toda prisa, pero él estuvo poco tiempo por allá, unos tres o cuatro meses. Creo que antes Nelson pasó por la correccional de menores aquí de

São Paulo, la Febem. A la madre le dio miedo que el hijo se volviera aún más violento y envió el niño con la familia a Santos.

¿Febem? No me digas. Adriano puso cara de sorpresa sin comprender la importancia de lo que yo le contaba, tan sólo interesado por el peligro que supondría para él tener a un individuo de temperamento inestable viviendo en el edificio. ¿Así que el tipo es un delincuente?

Así es, Adriano, dijo Marcela, mirándolo a distancia, sin verlo, aunque él estuviera sentado a su lado. Un delincuente. Adriano no sólo le parecía tosco, era un sujeto pegajoso, difícil de esquivar.

Estaba a punto de preguntar qué piensan de él. Qué sé yo, hacerme una idea. Pero si es amigo, no hay problema, lo dejamos aquí. ¿O no es amigo?

¿Por qué?

No, por nada. Me crucé con el tipo en la entrada y me pareció medio raro. ¿Se fijaron que tiene vitíligo en las manos? Es el tipo de cosa que me pone nervioso.

Gran comentario de médico, dijo Marcela con una sonrisa. Espero nunca tener que ser atendida por ti, Adriano.

No imaginas los especímenes que llegan así al hospital. Hasta me dan ganas de preguntar si el tipo metió la mano en una cubeta de cloro. Adriano se rio sólo. Pero ahora en serio, el hombre es raro, medio torpe, demasiado confiado.

Será tu impresión, dijo Marcela, desmenuzando la hierba sobre el papel acanalado entre sus dedos. Humedeció la hoja delicadamente con la punta de la lengua, suavizando antes la sonrisa para el vecino.

Sí, será mi impresión. Al menos doña Vera estará contenta, pobre.

Marcela me miró. Sí, pobre. El hijo acaba de llegar de Acre. Vera siempre dijo que tenía un hijo ingeniero, ¿te acuerdas?

Adriano nos observó, distraído. Estiró las piernas. Jugó con el llavero entre los dedos sin soltar el móvil de la mano, esperando su turno para fumar. Últimamente nuestro sofá servía, para Adriano, de transición entre el trabajo y su casa.

Venía directamente de la Santa Casa. La bata mostraba los títulos de ginecólogo y obstetra, profesiones hermanas que legitimaban su gusto por las mujeres y la sangre, como él dijera una vez. El rechazo de Marcela comenzaba por aquellas letras bordadas.

Lo único que puedo afirmar es que resulta difícil creer que este sujeto sea un ingeniero civil que se precie, que excave carreteras en Acre. Ustedes, que son vecinos de puerta, de seguro que ya escucharon esas historias de doña Vera. Si la dejas, queda hablando en los pasillos para siempre.

Sí, sí, reaccioné, observando el cigarrillo retorcido morir en su mano.

¿Y qué plan tienen para hoy? Si quieren, hay comida abajo. Ana preparó una lasaña, me acaba de avisar que está en el horno. No es la comida del Kidelicia, verdad, Marcela, pero no debe estar mala.

Qué dices, Adriano. Si Ana cocina tan rico.

Ahora, te lo digo como amigo, Marcela. Te ves muy delgada. Ven por lo menos a llenar el estómago. Adriano chasqueó su cuello endurecido. Date una apariencia más saludable. ¿Eh, Oscar? Sobre todo si tienes vecinos nuevos. Hay que cuidar lo que de por sí ya es bonito.